

¿Por qué hay "desaparecidos"?

Rodríguez Larreta: "Hay que ir a las raíces"

Me alejé, obligado por las circunstancias, en 1977. Junto a un grupo de uruguayos había sido víctima de una tremenda injusticia y en mi país no tenía forma de plantear la denuncia. Los poderes constitucionales eran detentados por un gobierno militar, que contaba con la complicidad de civiles que le daban una cierta fachada. La censura se había impuesto. Los medios de comunicación sobrevivientes estaban en manos de serviles; toda la información era tendenciosa; ocultaba o falseaba los hechos y se impedía toda forma de defensa. Uruguay estaba preso, sometido al silencio que, a su vez, era resultado de la arbitrariedad. El terror era el fruto sombrío de la crueldad represiva.

Yo debí salir, entonces, para denunciar los hechos.

Aunque siempre, constantemente, ofrecí denunciarlos aquí.

—¿Aun en plena dictadura?

—Sí. Inclusive tengo copia de cartas que dirigí a Goyo Alvarez, a Bayardo Bengoa, a Silva Ledesma.

—¿Así que los señores "juristas" estaban advertidos de los crímenes?

—Tengo copia y pruebas; en las cartas —que envié certificadas— ofrecía, con las garantías correspondientes, plantear la denuncia acá.

—¿Qué respondieron?

—No contestaron.

—Todo un retrato moral.

—Incluso en 1979, cuando hice una denuncia en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (en Nueva York), firmé una carta ofreciéndome a servir de testigo en el lugar; a testimoniar y a confrontar las pruebas con lo que dijeran los gobernantes, en el lugar que se me exigiera. Es decir: siempre estuve dispuesto a formular las denuncias acá; a plantear y ofrecer pruebas concretas, sobre crímenes y delitos cometidos por militares uruguayos.

—En 1977, cuando usted sale hacia el exterior, su hijo había desaparecido.

—Mi hijo había desaparecido el 30 de junio de 1976. En ese momento ya lo había encontrado; porque cuando a mí me secuestran, en Buenos Aires, el 13 de julio, me llevan al local de "Automotoras Orletti", donde estaba mi hijo, en un grupo de alrededor de treinta uruguayos. De ese "caso" quedaron cuatro uruguayos desaparecidos: Gerardo Gatti, León Duarte, Hugo Méndez y un niño que entonces tenía unos veinte días: Simón Riquelme, que tampoco ha aparecido. Por eso es que este tipo de investigaciones no se puede detener; porque impediría encontrar a personas que pueden estar con vida.

—¿A Gatti lo vio?

—No lo vi. Reconocí su voz, inconfundible, que tenía presente de su actuación gremial en representación de los gráficos, que trabajaban junto a nosotros, integrantes de la prensa. Y tuve noticias de él por otras personas que le habían visto allí. Mi hijo, por ejemplo, lo vio; estuvo en la misma pieza en la que estaba Gatti.

—Había sido muy torturado.

—Pedía agua, estaba en muy malas condiciones físicas. A Duarte lo vi yo, tirado, también en malas condiciones y presionado por Cordero.

—¿Cordero? El militar cuya impunidad prefieren los realistas de esa ética de la responsabilidad acicateada por los usuarios de las metralletas.

—Lo observé a pesar de la venda que me habían puesto en los ojos. En aquel momento no sabía que era Cordero. Estaba acuchillado al lado de Duarte caído, tirado en el suelo, y le pedía información, en lenguaje un poco lunfardo, sobre "los cinco palos verdes" (los cinco millones de dólares, el precio del rescate que por la libertad de algunos exigían los militares, como se supo después, por el testimonio de Washington Pérez).

—Usted no conocía a Cordero. ¿Cómo supo que era él?

—Lo vi después, a cara descubierta, en Uruguay, en el local de Bulevar y Palmar cuando él me llamó para hablar, y

Si no existieran cómplices, ¿habría crímenes impunes? ¿Qué hacer para que el problema de los "desaparecidos" no se repita? De estos temas, y de las causas de la tragedia vivida por Uruguay, BRECHA conversó con Enrique Rodríguez Larreta, periodista, hombre enfrentado con coraje a la tiranía, quien trabaja actualmente en una organización internacional promovida desde Suecia y que procura concretar un documento legal que tipifique el delito de desaparición forzada y facilite la lucha contra un crimen perpetrado generalmente desde el poder. Rodríguez Larreta comienza por explicar de qué Uruguay tuvo que alejarse y por qué.

Ayudamemoria

El 30 de junio de 1976, Enrique Rodríguez Larreta viaja a Buenos Aires en búsqueda de un hijo "desaparecido". Inicia así —con el pedido de habeas corpus— un calvario vivido por miles, en estas tierras del Sur. Un miembro de la Suprema Corte de Justicia argentina le explica: "El caso de su hijo es uno en seis mil; todos sin resolver".

El 13 de julio —medianoche de invierno— un grupo armado derriba la puerta de la casa en la que residen Rodríguez Larreta y su nuera Raquel ("por suerte el hijo de ella, mi nieto, de 5 años, había sido enviado días antes a casa de un familiar"). Con violencia, entre insultos, una banda de elementos armados encapucha a Rodríguez Larreta y a su nuera y los llevan a un centro de torturas: "Automotoras Orletti". Allí son salvajemente tratados (en la "máquina"). En ese lugar están, en ese momento, varios uruguayos y argentinos: Gerardo Gatti, Margarita Micheli, León Duarte, Hugo Méndez, el hijo de Rodríguez Larreta, entre otros. En los interrogatorios intervienen militares argentinos y uruguayos, algunos de los cuales son identificados. En uno de los cuartos de tortura Rodríguez Larreta ve un retrato de Hitler. Por esos días, allí mismo, a Manuela Santucho se le obliga a presenciar las torturas de su hermano Carlos (entre las risas y

el sadismo de los militares), a quien se martiriza hasta que la muerte lo libera.

Finalmente, varios uruguayos —entre ellos Rodríguez Larreta— son conducidos, en secreto, en un avión de la benemérita Fuerza Aérea Uruguaya, hasta la base de la región militar No. 1, en Montevideo. De ahí hasta otro lugar de tortura en Bulevar y Palmar.

En agosto, un mayor uruguayo propone a los detenidos "representar" una invasión: serán "detenidos" al ingresar a Uruguay (en Río Negro) con armas en su poder. Si aceptan, salvarán sus vidas y serán condenados a 15 años. Los presos no se doblegan. El calvario sigue.

Nuevas torturas, amenazas. Al final, los diarios publican el descubrimiento, por las Fuerzas Conjuntas, de un grupo armado. A Rodríguez Larreta, a quien no resultaba fácil imputarle vinculación con grupos subversivos (y quien, por su actividad, es una persona conocida) lo dejan en libertad. Pero cuando sale del infierno no se calla. Viaja al exterior y reclama justicia, responsabilizando "a las autoridades militares de Uruguay de lo que pueda suceder —en represalia por sus denuncias— a su hijo, su nuera y demás personas en prisión junto a ellos".

recordé que era quien había estado interrogando a Duarte.

—Pasada la tormenta, al regresar al país, ¿cuál es, hoy, la sensación que recibe?

—La impresión que deja Uruguay al que llega puede parecer desalentadora. No sólo no ha avanzado, sino que todo su aspecto físico (la construcción, los transportes, la ropa de la gente) se ha deteriorado. Pero lo que me parece más grave es que un alto porcentaje de la población —diría que 70 u 80 por ciento— no se siente interpretada. Ni lo que dicen los diarios, ni los debates políticos, reflejan a esa gente, que no tiene esperanzas. Ni las tendrá, si no hay cambios fundamentales. No se ha ido, creo, a las causas de la tragedia que padeció el país. Incluso en este tema fundamental de los derechos humanos se ha ido a lo emotivo y no a las raíces.

Lo sucedido en el país se ha intentado presentarlo como el conflicto entre gente un poco loca, aventurera, que un día se rebeló y entonces vinieron unos militares malos, sádicos, que los torturaron, mataron e hicieron desaparecer. Todo queda en eso.

La población en general, o un sector importante, se ha ido alejando del tema derechos humanos porque ha llegado a pensar que el respeto a esos derechos consiste sólo en que al hombre no lo metan preso injustamente, no le peguen, no lo torturen, no lo maten. Y se deja de lado todo un cúmulo de derechos que se niegan al ser humano, como el derecho a la salud, al trabajo, a la vivienda. Y el 80 por ciento de la gente, al que recién me refería, que sufrió y sufre la tragedia de otra manera —en las dificultades que padece, en la escasez, en las frustraciones de padres que ven alejarse a sus hijos porque no tienen trabajo en el país— no encuentra formas de defensa, ni se siente reflejada en el debate político.

Ni se siente consustanciada con quienes hemos sufrido la represión, porque no ha observado —ni se les ha explicado suficientemente— que las mismas causas por las cuales ha habido torturados, muertos, desaparecidos, han provocado otros dolores, como el deterioro de los salarios, la desocupación, la pobreza, la destrucción

de industrias, el empobrecimiento de vastos sectores.

Creo que es necesario insistir en que todo obedece a las mismas causas y que es imprescindible luchar unidos contra ellas. (Habrá que analizar y señalar cómo esas causas están ligadas a la estructura creada para la explotación de estos países: a su dependencia. Porque todos los países que hemos sido colonias tenemos estructuras determinadas por el enemigo: nuestra división, el trazado de las vías férreas, hasta ciertos conceptos educativos, han sido impuestos para favorecer la extracción de riquezas.)

—¿Cómo enfoca hoy esa acción? ¿A partir de qué organización? ¿Está integrado a algún grupo político?

—Lamentablemente no estoy integrado a ninguno. Y creo que para llevar adelante la tarea son necesarias organización y unión.

No creo en los independientes, como no creo en los dependientes. Entre las dos posiciones prefiero la independencia, todavía, aun sabiendo que ese no es el camino. Actualmente desarrollo mi actividad en el área de los derechos humanos. Distingo política de politiquería y sé que todo aquel que trabaja sanamente en política lo que busca es, como resultado de su labor, la vigencia plena de los derechos humanos.

En este momento trabajo en el problema de los desaparecidos; en Suecia se acaba de realizar un gran seminario, en el cual se unieron todos los partidos, iglesias, fuerzas sociales suecas, y en el que participamos algunos latinoamericanos. Allí se inició un camino. Hay todo un calendario de realizaciones a llevar adelante, que tiende a concretar un documento legal que tipifique la desaparición forzada de personas.

¿Por qué el tema desaparecidos me ha parecido de enorme importancia? Porque creo que la desaparición forzada de personas es el resultado de una intención presente en algunas fuerzas de la sociedad: el propósito de hacer desaparecer al hombre como ser pensante. Labor que se da a veces hasta en los medios educativos, o a través de la información y de la formación de las personas. En la medida en que hay quienes se resisten



a desaparecer como seres pensantes y siguen exponiendo su pensamiento, rebelándose contra la falta de derechos, se acentúan las formas de desaparición, que van desde la expulsión de un empleo (hacer desaparecer a una persona del lugar en que actúa) hasta el aislamiento, la prisión y la desaparición física total. Todo culmina así en un crimen casi perfecto, sin cuerpo de delito. Pero no podemos ser cómplices de esos crímenes, amnistiándolos, dejándolos sin castigo o sin investigar a quienes los cometen.

—Una lucha por el cambio, un enfrentamiento entre polos opuestos, una agudización del conflicto, una línea económica contraria al interés de la gente, el enfrentamiento a esa política y el propósito de liquidar a quienes se rebelan contra la explotación y el estatuto de la dependencia. En estos factores —tácita o expresamente señalados por usted— está su explicación de la tragedia uruguaya.

—Es necesario formar conciencia sobre eso. Lo que sucedió no nació —como dijo una vez Sanguinetti— como un clavel del aire. Efectivamente, nada sucede sin causas. Los militares no llegaron por generación espontánea. Llegaron —se dice— porque había una guerrilla. Pero ésta fue una manifestación a una serie de factores (la conculcación de derechos, la corrupción política que venía desde bastante tiempo atrás, y diversos factores más). A la vez, el poder político fue cediendo progresivamente. La represión, la limitación de libertades, la entrega de la justicia a los militares, la supresión de garantías, una censura que se fue acentuando hasta la supervivencia casi exclusiva de los serviles; toda esa sucesión de claudicaciones hizo que la última, la clausura del Parlamento sin nadie que luchara por él, sin que se registrara un gesto como el de Allende (que hizo lo que tenía que hacer) llegara casi como un hecho natural. Como el fruto lamentable de una serie de entregas sucesivas.

Guillermo Chifflet

VUELVE

MUNDO ABIERTO



POR MILTON SCHINCA

TODOS LOS DOMINGOS EN LA CONTRATAPA DE "Las bases"